

## Sobre el concepto del nacionalismo en el arte

### LA TRADICION COMO FUENTE DE PERSONALIDAD ARTISTICA

Ya que el concepto de lo Americano semeja ir cuajando en el sentir estético de nuestro país; se nos antoja de toda oportunidad, el traer en tema, un comentario — sobre el sentido universal de la belleza al que sólo alcanzaron las grandes páginas del arte — merced al verbo peculiar de los pueblos que, en una hora señalada de la eterna rotación histórica, dieron a luz la forma cabal de su propia personalidad.

Queremos decir: que si ya va en vías de comprobación, el hecho de que existen innegables valores artísticos en las formas y expresiones tanto plásticas como literarias o musicales de esta parte de América; es ahora menester el puntualizar cuán importante es para nosotros la feliz herencia del hidalgo y arcaico patrimonio; tanto más que, la tesis del nacionalismo en el arte enciende, hoy por hoy, entre nosotros, las más enredadas controversias, poniendo en tela de juicio aquello, de que, si los elementos tradicionales, encargados de traer hasta los días presentes los rasgos fisionómicos de nuestra formación física y moral o el legendario misterio de las fuerzas espirituales que nos dieron vida, deben de ser considerados como los sillares básicos de nuestras creaciones estéticas, o si, por el contrario, ellos han de ser más bien valores corrosivos que avasallen el vuelo imaginativo o lastimen el palpitar emocional de nuestro ser sensible, ante las impresiones directas que recogemos de la naturaleza.

De este recelo se desprende que, a la altura en que se hallan nuestras investigaciones, que ya han comprobado en forma innegable, la presencia de un arte "Hispano Americano"

cuya curiosa y larga formación nos ha precedido, cabe el emprender ahora, el análisis de la segunda faz — que es, a fin de cuentas, la primera; pues de lo contrario, fuera ocioso el insistir con aquellas indagaciones dejando la tradición en su agraz y sin madurar el zumo de las nuevas vendimias.

Abordaremos, pues, el tema, y pese a la forma sintética que cuadra a un artículo de esta índole, hemos de procurar el clarificar nuestras observaciones, dentro de dos corolarios que a manera de plan, tratarán de correlacionar el sentido de nuestros argumentos:

1.º Todos los grandes florecimientos llevaron siempre, en sí, los signos inequívocos del carácter de un pueblo, y sus formas nacieron siempre al arrimo, tierno y seductor, de los gérmenes locales que fueron sazizando — de poco en poco — bajo la lógica influencia de las migraciones que más condecían con lo hondo y natural de su espíritu, adquiriendo por y entre ellas, el alcance universal, que les era menester para ser consagradas como cánones del númen humano.

Sólo los países poseedores de un carácter esencialmente propio, alcanzaron a imponer al mundo sus modalidades artísticas y, por sobre las ajenas influencias, enaltecieron los rasgos tutelares de sus cualidades primarias.

La belleza nativa, exultada por los sentimientos comunes a todos los demás hombres, es quizás la única, que pueda plasmarse en contornos de formas definidas.

Corolario 2.º — El mundo estético de América semeja poseer, por razones étnicas e históricas, aquellos fermentos fundamentales, que fueron en las civilizaciones que aludiamos — poco antes — en el enunciado primero; los alimentos nutritivos de los conceptos orgánicos y de los espirituales ensueños, sobre cuya fornida estructura o sutil urdimbre, entretejióse la trama misteriosa de las grandes revelaciones de las humanas obras, divinizadas a su vez, por la propia condición de aquellos hombres superiores que en el soledoso secreto de su fuero interno, oyeron el ritmo cósmico de la unidad indivisible y tutelar.

Nuestros orígenes fueron nobles y ricos por dos veces; y por dos razas vinculados al ensortijado hilo plateado de los años muertos; herencia ciclópea con rudeza de granito y hechizadas saetas por una parte; conquista mística, aventurera y gloriosa por la otra; que traía de las verdes aguas mediterráneas de Europa la piedra filosofal de todas las ambiciones y de todos los idealismos, remozados en la enérgica juventud del alma y del espíritu.

Ese doble filtro embeleña los días pasados de América y enciende el fuego religioso de la fragua que forja un nuevo destino — recio y esquivo como el acero de las hornallas toledanas.

Mas volvamos al orden establecido desarrollando el primero de nuestros enunciados.

De entre los muchos argumentos de que pudiera echarse mano, escogeremos el más pintoresco, puesto que de arte se trata y no sabihonda metafísica.

Andando de viaje, nada hay de más obsedante, en materia emotiva, que ciertas ciudades que se nos aparecen como signos evocadores o descriptivos de sociedades desvanecidas: Venecia, Siena o Pisa en Italia; Toledo, Avila, o Granada en España; algunas ciudades africanas; el viejo Rouen o Saint-Malo en Francia, y por fin yendo hacia el Norte: Brujas en Flandes y Berna en Suiza, por no citar más que estas dos; consiguen despertar ante nuestros ojos la imagen persuasiva de la tesis que tratamos de esbozar.

Hablaremos brevemente de algunas de ellas:

¿Quién al pisar Venecia no recibe el ópalo ducal de aquella ciudad nimbada de embrujo y de poesía, la expresión de un pueblo a través de toda una época? Acaso San Marcos o el palacio de los Dux, no nos describen minuciosamente el escenario del proceso Bizantino que por los gélidos campos de Grecia viene a despertar a aquel mundo goticista de Italia, que con tantas ansias aguardaba la hora soñada del pagano Renacimiento.

Las tracerías de sus casonas, el simbolismo sensual de sus

pinturas, el perfume enmascarado y mujeril de su literatura nos lo revelan con plenitud de luces y de esmaltados colores; tan sedosos y rutilantes como sus damascos, como sus vidrios o como sus pacientísimos mosaicos.

Y si atravesamos al lado fronterero del gran lago Mediterráneo pasando por algunos poblados africanos. ¿Qué distinto? Fruto fué de la estética árabe el concepto consolador de las ciudades humanamente endiosadas por sus alcázares, por sus mezquitas, por sus cementerios que, a la moda musulmana abrigan — hoy todavía — tras sus blancas murallas cercadas por mirtos y cipreses, una paz refinada y apacible que hace pensar, que bajo aquellas estelas funerarias que el sol en el crepúsculo pinta de oro y bermellón, descansan — no muertos — sinó espíritus sonámbulos de la vida, en cuyos cuerpos diáfanos de idealidad se afincara el secreto inaccesible de lo bello en la transparente sucesión de los días.

Así, las ciudades árabes en el yermo; en la estepa infinita y ardorosa de Africa; tras la larga jornada a lomo de camello, surgen como en un cuento de asiática leyenda. Atrás, el desamparo, la áspera y desnuda desolación — y ante sí, — el deleite untuoso y cerebral del mundo quimérico creado por los hombres bajo los auspicios bíblicos del Corán, con sus religiosos alminares que desde lo alto de las agudas agujas dejan caer la voz del almoédano, llamando monótono a la oración, en la hora peregrina de la tarde cuando todo se esmalta con los fúlgidos reflejos de la divina agonía.

De ello trasciende la visión imaginativa que pusieron los alarifes árabes en sus ciudades, para atenuar el desamparo de la naturaleza, con ellos seca y egoísta.

La llanura inexorable del desierto espaldada por el Athos huraño, privábalos de la infinita recompensa que procura la curva grácil de la montaña, o bien, el fresco sonriente o el verde follaje de los boscajes fecundos; ansiosos, sedientos de plásticas algazaras, construían aquellas villas, aquellas estancias donde el hastío se trocara en rauda fantasía para hallar en ellas un halago certero y consolador.

Dice Claude Farrere, en una de sus últimas novelas, “que las ojivas árabes se le aparecen más humanas que las cristianas — más rebajadas que éstas, simulan, vistas de dentro, enfocar el paisaje ante el ojo del espectador en un marco que está más al alcance del objetivo humano”.

Dice bien el original novelista — y ello condice con la extremada fantasía de su arquitectura: loca, embriagadora y por veces ridícula ante nuestro positivismo de occidentales.

Haced un pequeño esfuerzo y concentrad vuestro pensamiento contemplando en la imaginación, al caer de la tarde y llegando desde la arena seca y rojiza del desierto, una ciudad mora o berberisca — y comprenderéis así fácilmente, la blanca y esmaltada belleza de Tunez o Argel que, como Babeles feéricas y sonrientes se nos alzarán de pronto para pregonarnos el mágico alcance de aquellas imaginaciones que ponían en sus obras los dones que el Supremo Hacedor, había escatimado en la hosca naturaleza que los circundaba.

No abogan por cierto, en idéntico sentido, aquellas albercas y acéquias que prodigaban el agua en las ciudades encantadas; contrastando su rumorosa y cristalina humedad con los vecinos y sedientos arenales.

Prodigioso contraste que hacía heroica la perezosa caravana o la marcha de las belicosas mesnadas, que bajo el reque-mor del fuego estival o el azul sonámbulo de los nocturnos silenciosos, veían de pronto, la aparición milagrosa de Damasco o de Ispahan. ¿Cabe, acaso, una mayor identificación con un medio de vida, con un ensueño y una forma que, heredada de padres a hijos, tradujo una de las expresiones más absolutas del sensualismo imaginativo del mundo? Claro está, y al propio tiempo, qué lección tan vecina a nuestro suelo. Y si por ambos derroteros llegamos después de azaroso camino, a Granada y luego a cualquier villa castellana, nos tocará el ver de como obró la particular enjundia de la cristiandad Ibérica.

Tan pronto mudejares como mozarabes determinan otras singulares maneras, que no son sinó, el trasunto de un naciente nacionalismo que orientado por el genio de una nueva

sociedad, terminará a la postre por engendrar nuevas cuitas y nuevos ideales comunes a los demás hombres, pero expresados con un verbo y un sentido original.

Cómo no registrar idéntico proceso ante la Francia goticista y escolástica, que va ella a su vez señalando su rumbo, en el vasto escenario del teatro de su arte; el más universal de todos quizás; sumándose la melancólica tristeza de los piratas y pescadores bretones a las malicias campesinas y trágicas de los Normandos, a la exuberante verba meridional para por fin fundirse en la refinada Atenas de Occidente que, aguarda paciente los moldes clasicistas de Bramante y de San Galo, para transformarlos, muy luego, en las elegancias de Versalles y Chantilly, con tritones y barbados neptunos que se muestran más atentos al atisbo de las literas cuajadas de preciosas lacas chinescas, que a los filosóficos pleitos de su olímpica parentela, ya olvidada en los últimos gestos dramáticos o demagógicos de Aristófanes o de Pericles.

Brujas y Berna han producido en mí dos sensaciones extrañas y precisas; involucran ellas, más que ninguna otra ciudad del Norte de Europa, de las que yo haya visitado (1), salvo Nüremberg, la ciudad mediæval del gran Durero y de los Maestros Cantores, la definición de una estética, sinó disonante, bien distinta e inclinada a opuestas preferencias.

Mucho se ha dicho de Brujas — la ciudad de las torres y de Rodenbach — y nada añadiré yo sobre la nubilosa y soñolienta villa, amante fiel de los poetas nostálgicos; donde los ladrillos anaranjados y los empinados piñones flamencos, vuelcan sus líneas y sus colores en las aguas verdinegras de los canales tachonados por el azulado parduzco y profundo de las pesadas balsas, donde las siluetas místicas de Memling y de los Van Eyk parecen vagar aún misteriosamente en todo ello. Pero creo, en cambio, que no se ha dicho lo suficiente de la singular capital Suiza, donde suena el tintineo de alegres e historiados relojes en las torcidas callejas de achaparradas ojivas, que de

---

(1) Rusia y Hungría, como los Balcanes, deben de ser consideradas en una clasificación "Europeo-Oriental" muy especial.

trecho en trecho interrúmpense para escuchar el acompasado y cristalino chorro de las fuentes de roída piedra, coronadas casi siempre por un Burgomaestre heroico o pintoresco, pero siempre hombre justo y honrado y a quien su pueblo debe reverencia y un olvido tierno y respetuoso.

Por lo general, los turistas admiran en Berna a unos osos muy célebres encerrados en un tétrico foso, donde los pobres animales hacen la triste figura que tanto los ha popularizado; pero raras veces he oído ensalzar a esta ciudad admirable, cuya belleza es harto penetrante, y es ejemplo, de cuanto Suiza tiene de propio y de sensible — es eminentemente nacional y es profundamente plástica y emocional.

Berna más que las sierras gigantescas y que los lagos irizados de poética hermosura, expresa, de por sí, el espíritu legendario de Guillermo Tell, — egoistamente ha concentrado la expresión nacional de su sentido federal, tan requerido y disputado por las antagónicas y vecinas fronteras.

Las horas caen de aquellos campaniles de techos plomizos y nevados, con la conciencia y la poesía — “semi-ruda y pastoril”, semi-super-civilizada, de esos montañeses que conviven ya de mucho tiempo, en el corazón de los pueblos más refinados de Occidente.

Bajo este punto de vista, otro tanto, pudiera decirse, de las demás artes, que si bien no llegaron a expresar su sentido visual con signos tan indelebles como la arquitectura — que halló su forma sintética y social en la ciudad — pueden no obstante señalarse personalidades tan claras y precisas como: Dante, Montaigne, Cervantes, o Shakespeare en las letras; Ticiano, Rembrant, Holbein, Velázquez o Fragonard en la pintura; cuyas citas, tampoco consiguen alterar nuestro concepto, en lo que él entraña de particular e inmanente. El universalismo fascinador de estas grandes figuras de la historia del arte, se dió a luz, dentro de la apretada madeja de sus propios atavismos nacionales, acuciados en la hora señalada por las grandes evoluciones humanas por aquellos acontecimientos llamados a dramatizar la vida de los más de los hombres; que como

el relente misterioso de la noche serena, esparcieron por el mundo, el hálito secreto de sus cuitas en el cálido vagar de los ensueños.

Llegamos a la parte segunda, o sea a lo que concierne a América.

El Cuzco, es una ciudad tan sugestiva como Venecia, Avila, Brujas o Nüremberg; y tampoco es la única, su valor no es esotérico ni excéntrico; hay muchas otras en el nuevo y vasto continente.

Las artes plásticas y literarias y hasta las musicales aunque hartamente arcaicas y elementales, ofrecen un interés substancial que puede despertar verdadera curiosidad allende nuestras fronteras; existen bases humanas perfectamente localizadas en forma primitiva pero muy propia.

Puede argumentarse, en cambio, que nuestra república liberal y cosmopolita, no obedece en manera integral a la cultura "hispano-americana", mas nosotros observamos que, contados años de cosmopolitismo extranjerista no pueden empero, destruir los gérmenes básicos de aquella civilización. Estas nuevas migraciones vienen lógicamente a superponer su influencia al sentido indestructible de lo Americano, que se incorporó al ritmo universal por la conquista, viviendo por espacio de tres siglos bajo la custodia de España.

Esto no vale decir, que ellas, no demarquen un nuevo período evolutivo y, cuya enjundia constructiva fuera necio negar, cuanto torpe el no aceptarla como una semilla fecunda y bienhechora; pero sí entendemos, que los varios caracteres del internacionalismo argentino han de envolver o cobijar — a manera de corteza — el tuétano de aquel fruto primordial encargado de comunicar, a todo ello, el sabor inconfundible de nuestra savia espiritual.

Más o menos próximas, más o menos lejanas, las culturas Hispano-Azteca o Hispano-Peruana poseen un alto significado para el actual desarrollo de nuestros valores de arte — sin perjuicio de que tampoco echemos en irreparable olvido — la enseñanza original de nuestras culturas regionales: calchaquíes, diaguitas o draconianas.



En Arquitectura el estilo llamado vulgarmente, y quizás con alguna impropiedad, "colonial", no debe de ser considerado como un síntoma absoluto; sus caracteres escogidos con discernimiento y despojados de inútiles impurezas, podrán delinear un síntoma de simpatía encargado de afianzar un común vínculo histórico y social. Abdicar ciegamente de un pasado venerable implicaría un suicidio artístico.

Y ahora, puesto que, no es nuestro propósito el extendernos con minuciosos comentarios, sobre lo que concierne a nuestras artes tradicionales por habernos ocupado de ellas en tan frecuentes ocasiones, trataremos de esbozar más bien, algunas conclusiones.

Por ejemplo, entendemos: que mientras no se defina nuestra personalidad nacional como forma artística, dentro de un carácter o fisonomía inconfundible, no alcanzaremos a rendir el vigor y la sana originalidad que requieren nuestras creaciones; de lo contrario, los granos de nuestra laboriosa faena intelectual, serán esparcidos por la ventisca pampeana como las impalpables harijas de un ruinoso molino.

Todo desplante individual que no refleje un sentido sintético o social valdrá, lo que una arriesgada quimera en el campo de las especulaciones positivas de la ciencia.

Ciertos países han alcanzado un indiscutible predicamento artístico merced a un acendrado sello nacional — y ningún pueblo mal dibujado en su conformación étnica y estética, ha conseguido impresionar a la humanidad en materia artística. La falta de nacionalismo, o voluntad personal, se traduce fatalmente en incoherencia y pálida vaguedad.

Un ambiente comunica a la lucha cotidiana de los seres y de sus pasiones, — que por desgracia son comunes a los demás hombres, — un relieve, un contorno definido, que los convierte en expresiones peculiares. Así, ciertas obras de arte, siempre las más grandes y conmovedoras, son el producto cabal y feliz de pinturas ya realistas o simbólicas, inspiradas (lo que vale en este caso decir sugeridas) por el panorama casero, pero, cuando ellas son profundas traducen siempre el caos, el

dolor o la poética ilusión del eterno conflicto del mundo; ciertos artistas y obras coetáneas pueden ser recordadas: Besnard, Henry Martin, Louisse de Charpentier traen a la memoria efígies francesas que traducen la desazón o la esperanza del universo entero.

Un hombre, un artista, tiene el derecho de sacrificarse en persiguiendo de soluciones abstractas, que pueden en muchos casos, atribuirse a refinamientos ultra-sensibles, pero quizás no tenga el derecho de imponer a la admiración colectiva el narcótico enfermizo de su fórmula ergotista, emanada de pulidos reflejos más o menos antojadizos.

El carácter, el contorno particular de una cosa, resulta ser la substancia distintiva que revela, al propio tiempo, el alma y la forma exterior; lo anímico y lo dinámico que hospeda en cada uno de nosotros por el atávico consorcio que ejerce ese inexorable aparcerero entre el pasado y el presente; entre nuestro yo interno y los entes afines que viven confinados en torno de nosotros por idénticas fronteras. Hasta los grandes problemas de técnica que tanto semejan preocupar, hoy día, a los ofician-tes del arte, no son, a fin de cuentas, sinó meras apariencias, las que sólo cobran aspecto positivo, cuando dentro de una cierta unidad, singularizan la manera de expresarse de una época.

La pintura y la escultura, artes plásticas por excelencia, pueden, a pesar de lo que decíamos, contemplando el concepto del arte sin fronteras tan sostenido hoy día por el bolshevismo espiritual, tener una base de defensa; en efecto, la naturaleza, el modelo de cada instante, en cualquier país del mundo, puede sugerir una obra de arte a cualquier artista; y sin embargo, y muy a pesar de esta misma salvedad, un paisaje parisién pintado por un argentino o por un español es interesante si uno llega a discernir que aquél que lo pintara fué un argentino o un español. La Carmen de Merimée, las impresiones de España de Theophile Gautier, "La femme et le pantin" de Pierre Louis, son interesantes, a más de sus propias cualidades emocionales por que nos traducen dramas íntimos

españoles vistos y sentidos por artistas eminentemente franceses. Pero cuando llegamos al mundo de la literatura y particularmente al de la Arquitectura, la tradición, el nacionalismo, *cobran el aspecto de una segunda naturaleza.*

En efecto: Si el arquitecto se empeña en valerse de las medidas, de los valores, de las proporciones y de la forma para expresar las cadencias de la naturaleza, no llegará a conmover únicamente por este medio a los hombres; pero si al propio tiempo, añade, a la aspiración de la medida objetiva y bella, el subjetivismo ideal de lo que está más allá de la verdad inmediata y absoluta, recorriendo el pasado, es decir, lo que el genio arquitectónico ha creado a través de la historia como realidad quimérica e ideal del hombre; entonces la obra humana cobra una nueva seducción innegable y apremiante. Ahora bien, si aquellos valores son sugerencias propias del alma del artista, es decir, que son tocantes a su sensibilidad nativa, a la naturaleza más afin a sus aficiones del alma y del sentimiento, entonces su obra, que es abstracta por definición, conviértese en emotiva y sensorial por los méritos anímicos y por la enjundia que ella engendra como parte esencial de su natural existencia.

Cualesquiera que fuesen los resultados a que llegaran las especulaciones de la estética moderna, tendientes a localizar todos los fenómenos emocionales en los procesos orgánicos y fisiológicos, en nada alterarían el sereno predominio de algunas normas, antiguas sí de aspecto, pero siempre vivas e implacables, que determinan en su acción sintética su triunfo permanente y por ende llamadas a prevalecer. Cosa extraña y paradójal, vivimos quizás en la realidad como colgados de invisibles tenues hilos que, a manera de fantoches, nos mantienen cercados en el mezquino redil de nuestro escenario terreno, malgrado nuestras hurañas y nuestras respetables y elegantes arrogancias.

Martin NOEL.